

POR LA AUTORA DE EL ELEFANTE DE MARFIL

NEREA RIESCO

EL PAÍS DE
LAS
MARIPOSAS



Una conmovedora historia de amor interracial a caballo entre la España del siglo XVI y el Nuevo Mundo. Marian es una joven casadera con altas posibilidades de quedarse soltera. Por eso, cuando llega una carta del virreinato de Nueva España, México, de su sombrío hermano Rodrigo con una proposición de matrimonio del hijo del virrey, Mariana no duda en aceptar. Al pisar el Nuevo Mundo, la muchacha cae gravemente enferma, pero logra restablecerse gracias a las atenciones de Miguel, médico local y descendiente de la nobleza autóctona... La atracción entre los dos es instantánea, pero pronto se verá interrumpida por la llegada de Rodrigo, encargado de entregar a Mariana al virrey. Es el inicio de una tormenta de sentimientos, celos y venganzas de consecuencias imprevisibles.

*A Mayte: la mujer más luchadora que he conocido,
por entregarme el mejor regalo que nadie
me hiciera jamás: la vida.*

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí, en Tlatelolco.

Por agua se fueron ya los mexicanos;
semejan mujeres; la huida es general.

...

Llorad amigos míos,
tened entendido que con estos hechos
hemos perdido la nación mexicana.
¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!
Eso es lo que ha hecho el Dador de la vida en Tlatelolco.

CANTARES MEXICANOS

Tu tiempo es ahora una mariposa, navecita blanca, delgada, nerviosa.

Siglos atrás inundaron un segundo
debajo del cielo, encima del mundo.

SILVIO RODRÍGUEZ, Mariposas

Prólogo

Quizá fue así como sucedió. Ahora, ya anciano, me doy cuenta de que las certidumbres de toda una vida no son tan ciertas. He abierto los ojos y los veo, como fogonazos de luz dentro de esta ensoñación empalagosa en la que estoy inmerso. Uno tras otro, los recuerdos van acercándose al catre ajeno en el que aguardo a que se me vaya la vida. Me llegan de otras épocas, porque con la cercanía de la muerte superamos la barrera de la linealidad, y el tiempo y el espacio se diluyen. Percibo claramente esas vivencias que creí que no me pertenecían, convencido de que estaban recreadas por otros para alimentar mi leyenda. No recuerdo quiénes fueron los otros, pero las reminiscencias de esa vida fantástica fluyen ahora por mi cabeza, nítidas, claras, con una evidencia tan abrumadora que me rasga los sentidos. La existencia no es lo que nosotros creemos haber vivido, sino lo que los demás recordarán de ella, y quién sabe qué contarán de mí. Lo que se dice de mí, lo que se dijo, no sé si son meras fábulas. La gente las cree, ¿por qué no? Ahora yo también empiezo a creerlas. Eso ya no importa. Lo único importante son los resultados de mis estudios, recuperar el pasado, devolverle la voz a las piedras, a los códices, sobrevivir al olvido, la única forma de alcanzar la perpetuidad: sobrevivir al olvido... lo que ella quería.

Ahora que sé que muero cocinándome en mi propia fiebre, recuerdo la batalla, la lucha y las explicaciones absurdas que para justificarla ofrecían mandatarios estúpidos, y poco importa si estaba encerrado en una oficina de Moscú

o si estaba en plena toma de Berlín mientras el planeta se desmembraba. Me doy cuenta de que se puede estar en dos sitios a la vez si uno rememora los dos con idéntica plenitud, y será por culpa de esta nebulosa febril que ahora recuerdo con más nitidez que nunca.

Me veo claramente a mí mismo con veintitrés años, reclutado por el Ejército Soviético, uniéndome a las tropas como parte de la reserva del Estado Mayor, obligado a abandonar mi brillante carrera en la Universidad de Moscú para integrarme a las luchas de la Segunda Guerra Mundial. Miro hacia abajo y puedo verme con el uniforme sucio de tanto arrastrarme, de caer al suelo una y otra vez, de dormir al raso. Veo también a los soldados que me acompañan: Alexei, Sergei, Maxim... No recuerdo bien sus nombres, pero puedo verlos a ellos y a mí mismo. Claramente. Creo que están ahora aquí. Sus caras se me plantan delante más reales que la gente que me atiende en este hospital, más reales que mi propia familia, como si ya no estuviera dentro de mi cuerpo y sobrevolara el pasado por encima de nuestras cabezas, como en la panorámica de una película en blanco y negro. Ahora lo veo claro.

Estamos muertos de miedo, formando parte de uno de los escuadrones rusos que se encamina por lugares inhóspitos para participar en la toma de Berlín. Tenemos miedo, mucho miedo, un miedo atroz que se mezcla con el frío y lo multiplica, porque con cada explosión nos imaginamos a nosotros mismos muertos y congelados, convertidos en cadáveres de rostros horripilados, inmortalizados con ese gesto para la eternidad por culpa del hielo. El hielo y el miedo, el miedo y el hielo, esas dos palabras armonizan... En alguna ocasión escribí poemas románticos: «Nuestra suerte, vivir», empezaba uno. Me hubiera gustado ser poeta...

Llevábamos más de dos semanas asediando Berlín en un tira y afloja del que todos menos yo estaban seguros de salir vencedores. Lo recuerdo, sí. Era 28 de abril de 1945, se corrió la voz de que Weidling le había presentado al

Führer un plan de evacuación de la ciudad para evitar más sufrimientos a la población. Y yo recé para que lo aceptara, para que no quedara nadie cuando entrásemos. Pero él se negó; dicen que dijo que hasta el último hombre alemán debía proteger la capital. Y permanecieron allí, esperándonos. Cuando mi escuadrón entró, los aviones ya se habían encargado de desbaratarlo todo a golpe de bombas, la bandera soviética ondeaba orgullosa en la parte más alta del Reichstag y no quedaba ya casi nada por destruir. Los edificios parecían patéticos rostros desdentados, las aceras se habían llenado de cascos, muertos de ambos bandos formaban una amalgama vergonzosa y la gente huía de nosotros corriendo, se escondía por los rincones como ratones asustados, desconcertados. Yo estaba igual de desconcertado que ellos. Tenían miedo, ahora lo veo claro... Sus rostros no eran de odio, ni de escrúpulo, no, eran rostros zarandeados por el miedo. Yo también lo tenía y también lo tengo ahora. La muerte da miedo... O no, acaso es el olvido lo que da miedo.

Puedo ver el fuego, grande, imponente en su devastación, consumiendo sin piedad los contenidos de la Gran Biblioteca de Berlín, y corro, corro como un perturbado para intentar sofocarlo. Si permito que también se destruya la biblioteca dejaré de ser humano, desaparecerá el último resquicio de decencia que ha logrado sobrevivir a todo este espanto, y me convertiré en una sombra del hombre que fui, cómplice de que el mundo se llene de indiferencias. Me quito la guerrera y con ella golpeo las llamas... Y grito, grito y escucho mi propia voz desde fuera, irreconocible, como si fuera la voz de otro que grita más fuerte que yo. Todo arde, se quema. Siento el calor abrasando mis mejillas, reseándome los ojos, y ese olor montuno del papel quemado mezclándose en mi garganta con la angustia, impidiéndome respirar. Me rindo, me estoy rindiendo a la certidumbre de mi incompetencia para dominar el incendio, así que tiro de los libros, los saco a manotazos de las estante-

rías. Pero se caen desordenados en cualquier lugar. El fuego se burla de mí y los alcanza; creo que estoy llorando. Las paredes amenazan con venirse abajo, alcanzo una vieja estantería que está cerca de la puerta y saco dos volúmenes viejos, sin mirarlos siquiera, los guardo de prisa dentro de mi tabardo humeante y alcanzo la puerta a trompicones, antes de que ese infierno dé al traste con los cimientos del edificio. ¡Qué estúpido! Pienso que soy yo quien elige esos libros al azar, pero no es así... Ellos me eligieron a mí. No hay duda, ahora lo veo claro. Ella me eligió a mí. Soy su portavoz. Ella estaba allí, en las páginas... Tengo calor y tengo frío.

Salí de la biblioteca tambaleante, borracho de flama, caminando sin rumbo hasta que caí en la cuenta de dónde estaba y deseé huir. Busqué refugio entre las sombras de un portal mientras la batalla final continuaba sacudiéndole las entrañas a la ciudad, y allí me quedé, agazapado como un cobarde, susurrando palabras para animarme a mí mismo y fantasear que no estaba solo. Saqué los libros, los acaricié, olisqueé las tapas y aquel aroma me recordó los días de la infancia, los primeros libros, la inocencia, y por un momento sentí que estaba de nuevo en casa. Fui pasando las hojas, muy despacio, con mis dedos de uñas renegridas, mientras las lágrimas trazaban surcos blancos en mi rostro ahumado.

Así es como lo recuerdo ahora, como en una película antigua, en blanco y negro. Quizá fue así como sucedió.

1

Mariana Enríquez llegó al mundo un jueves de mercado en Medina de Rioseco. La plaza Mayor y la de Santa Ana se convertían una vez a la semana en un hervidero de gentes de diversos pelajes dispuestas a hacerse con en el negocio del siglo, y las calles del centro de la villa dejaban que les arrebataran por un día la placidez a la que estaban acostumbradas. La barahúnda de silleros, freneros, comerciantes de pez, armeros, joyeros, tratantes de paños mayores y menores, albarderos, caldereros, cordobaneros, herreros, especieros y mercaderes de todo tipo que se adueñaban de los espacios, convertían a la «muy noble y muy leal ciudad de Medina de Rioseco» en lo que se dio en llamar «la India Chica», asemejando su mercado con las riquezas que provenían del Nuevo Mundo. Los puestos de mercadurías iban apoderándose de las calles desde primeras horas de la mañana, igual que una mano toma posesión de un guante, llenándolo plenamente, hasta colmar su capacidad. Los patos, cerdos, gallos, ovejas y demás animales de corral liberaban acompasados ritmos melancólicos que semana tras semana sonaban igual, convirtiendo el jueves de mercado en una réplica exacta del jueves de mercado anterior. El ruido animal se enredaba con el humano, y el murmullo del regateo perpetuo y el jaleo de los vendedores resonaban por los soportales, entraban y salían entre las columnas de madera, se mezclaban con el gentío y tomaban fuerza para elevarse hasta las nubes. Aquel griterío se canalizaba y se lanzaba al infinito subiendo por las paredes de los edificios como el humo por una chimenea.

Fue por eso que los gritos de doña Ana sonaron amortiguados y ningún habitante del palacio notó nada. Los lamentos y quejas no se oyeron más que en la habitación donde se atendía el parto.

—Chille a placer vuesa merced, que nadie va a acusarla de quejicosa en un trance como éste.

La comadrona ya había asistido los dos anteriores alumbramientos de la esposa del Almirante. Era una mujer gorda, de manos fuertes y rechonchas, y siempre tenía la cara roja, como en perpetuo sofoco, aunque ya hacía unos años que se le había pasado la edad de concebir. Para justificar su existencia y compensar al Señor por su falta de hijos, se encargó de traer al mundo a gran parte de los habitantes de la ciudad. Decidida como estaba a transferir los conocimientos de su oficio antes de pasar a mejor vida, en los últimos tiempos se hacía acompañar por su sobrina, una joven que no parecía demasiado ducha en esos trances y cuya cara, a cada grito de doña Ana, cambiaba y se arrugaba haciéndose partícipe del dolor de la mujer, contagiándose de su sufrimiento. Atendía las órdenes de la matrona tarde, lenta y torpemente, y daba la impresión de que ése era el primer parto que presenciaba y de que, si de ella dependiera, también sería el último.

—Venga, tontaina, acércame los paños —gritó la comadre por ver si espabilaba a la muchacha. Acto seguido, se volvió hacia la parturienta y continuó como si tal cosa—: Empuje señora, no se me desmorone ahora que ya casi está...

En otras circunstancias doña Ana no permitiría que le hablaran así, pero no era ése el mejor momento para ponerse a discutir sobre tratamientos señoriales y, aunque lo hubiese sido, el aspecto de la matrona hacía dudar de si esa mujer era capaz de ser más delicada por mucho que se esmerase. Ante su presencia doña Ana se sentía apocada y dócil como una corderita a punto de ser sacrificada, como una niña pequeña que recibe los regaños de su madre.

Mientras tanto, don Luis Enríquez intentaba ignorar el acto de alumbramiento que se vivía en la habitación de su mujer. En las dos ocasiones anteriores, los nervios se apoderaron de su estómago y de su mente cuando oyó los lamentos jadeantes del parto. Fantaseó cosas terribles, desastres que aquel evento podría ocasionar en la familia. Imaginó a su mujer tumbada en la cama con dosel, sumergida entre los bordados monásticos de las sábanas de su dote, empapada en un líquido intensamente rojo y espeso. Se le representó gritando y retorciéndose de dolor como un alma en pena, lanzando rayos y centellas por los ojos, capaz incluso de ofender al Señor en un momento de enajenación. Tuvo miedo de que algún castigo cayera sobre ellos y que el bebé naciera con la piel escamada o con cola de demonio, como había oído contar que le ocurrió a una familia de comerciantes de Villanubla que todavía estaban vigilados por el ojo implacable del Santo Oficio, lo que hubiera resultado ciertamente vergonzoso. Por fortuna sus dos retoños habían nacido sin ningún síntoma de monstruosidad, así que había decidido no dejarse arrastrar por la imaginación con el nacimiento de la nueva criatura. Llevaba semanas convenciéndose de que no tenía motivos para preocuparse porque su familia siempre había sido profundamente piadosa y los donativos que ofrecían a la Iglesia les aseguraban, sin duda alguna, el favor del Señor ante cualquier contratiempo. Por eso, cuando llegó el momento, se sintió reconfortado y, para distraerse, se dedicó como cualquier otro día a vigilar los asuntos de su señorío. Hacía muy poco tiempo que había heredado de su padre el título de Almirante de Castilla, e intentaba encontrar la mejor manera de servir al monarca, aunque ello supusiera apretarle el cinturón a la villa. Mientras tanto, sus dos hijos jugaban a las batallas ajenas a todo, porque ni siquiera habían reparado en la progresiva gordura de su madre, que se mantuvo bien disimulada bajo los vestidos. Tampoco sus padres quisieron adelantarles la noticia de la llegada al mundo de un

nuevo hermanito, intentando evitar así sus posibles e incómodas preguntas.

—¡Es una niña!

—Lo sabía —murmuró doña Ana lacónicamente.

Los últimos nueve meses habían sido los peores de su vida. En los dos embarazos anteriores todo marchó de maravilla y se sintió mejor que nunca. Los dolores de cabeza que heredó de su madre y que comenzaron a atacarla cuando se hizo mujer, no aparecían mientras estaba encinta, pero esta gestación había producido en doña Ana el efecto contrario. Beatriz le dijo que era porque esperaba una hembra y que las sustancias vitales de ella revueltas con las de la niña provocaban una mezcolanza agresiva que daba como resultado esas terribles jaquecas que la postraron durante días enteros y que la convirtieron en una especie de sonámbula los días que podía levantarse. Beatriz, que sabía mucho acerca de los poderes curativos de determinadas piedras y plantas, llenó la casa de flores de espliego que, según aseguraba con convicción docta, espantaban la melancolía, aliviaban los dolores de cabeza y relajaban los sentidos enervados. Plantó espliego por todo el jardín y en las macetas de los balcones, colocó las flores en los jarrones de la casa y una vez que se secaban, las utilizaba para mezclarlas con las plumas de la almohada de doña Ana y para preparar con ellas tisanas y sahumeros. Los días que la jaqueca le impedía levantarse, Beatriz le frotaba el cuerpo de la cabeza a los pies con una esponja empapada en agua de espliego y, antes de que se fuera a dormir, le masajeaba el vientre preñado con un ungüento denso y oloroso producto de la maceración de las flores azules en aceite. A pesar de tanto trajín floral, el remedio del espliego no conseguía aplacar del todo las cefaleas de doña Ana y solamente servía para tranquilizarle los nervios, justo el efecto contrario del que producía en su esposo, que consideraba los perfumes símbolo de promiscuidad y aseguraba que una mujer decente no debería ir oliendo a flores si no

quería levantar sospechas de concupiscencia o algo mucho peor. Según los sabios conocimientos de don Luis, sólo las brujas usaban hierbajos, y tanta limpieza corporal y tanto aroma floral la señalaban perniciosamente en la misa de la tarde.

—La única limpieza de la que se tiene que preocupar un buen cristiano es de la espiritual —sentenciaba.

Pese a todo, la posibilidad de que la flor en verdad curara de una vez por todas los dolores de cabeza de su esposa obligaba a don Luis a protestar con la boca pequeña, y a aceptar de forma prudente la parafernalia olorosa. Fue así como el aroma del espliego se impregnó en las paredes, en los vestidos, en los cabellos de las personas y en el pelaje de los animales, de modo que el palacio del Almirante y toda su comitiva rezumaban el intenso aroma de las flores azuladas, que se esparcía por la ciudad al abrir las puertas y las ventanas. El remedio que Beatriz ofreció a doña Ana para curar sus dolores de cabeza perduró como una costumbre en la familia, y durante años el perfume del espliego quedó irremediablemente unido al nombre de los Almirantes de Castilla.

Don Luis todavía no comprendía bien cuál era la razón por la que un hombre de su posición dejaba que algunos de los asuntos de la casa se le escaparan de las manos, pero cuando pensaba en ello, se daba cuenta de que hacerlo notar era reconocer que no tenía toda la potestad que debiera en su hogar, así que fingía que las cosas que sucedían en el palacio estaban totalmente planeadas por él para que ocurriesen. Eso era más o menos lo que le pasaba con Beatriz, la mejor amiga de su mujer. Don Luis no se explicaba por qué la cristiana familia de su esposa había creado unos lazos de amistad tan estrechos con una estirpe de judíos de dudosa conversión. Pero lo peor era ver cómo su consorte se empeñaba en mantener aquella unión y metía a esa mujer en su casa, poniendo en entredicho el buen hacer religioso de la familia Enríquez. A don Luis se le ponía la carne

de gallina sólo de pensar que, por algún motivo, el nombre de su linaje se pudiera ver mezclado con alguna de esas nuevas doctrinas de iluminados al dejar entrar en su casa a una cristiana nueva. Parecía que doña Ana no se había percatado de las querellas religiosas que sacudían Europa desde que Lutero, veintitantos años antes, se empeñara en llevar la contraria al Papa al colgar sus noventa y cinco tesis en el portal de la iglesia del castillo de Wittenberg. Por eso el Almirante se encargó de recordárselo.

—¿Y a quién pertenece ese castillo? —preguntó doña Ana inocentemente.

—Eso es lo de menos, lo que importa es el significado de su actuación. —Se mantuvo en silencio, esperando la reacción de ella, pero explotó cuando vio que tardaba en llegar—. Ese hereje se ha dedicado a poner en entredicho nuestros dogmas, ha criticado al mismísimo Papa y las indulgencias. Por si fuera poco, parece ser que esas abominables ideas de Lutero están resultando persuasivas para algunos, y la propagación de la nueva doctrina comienza a hacerse sentir entre los príncipes alemanes. ¡No sé adónde vamos a ir a parar!

La mayoría del tiempo su esposa parecía ajena al mundo y a sus desequilibrios. Cuando él intentaba abrirle los ojos con algún alegato recalcitrante sobre temas que consideraba importantes, ella le quitaba hierro al asunto haciéndole comentarios que no tenían relación con lo que hablaban o quedándose en blanco, mirando al infinito. Le dejaba sin argumentos con unas preguntas absurdas a las que él no encontraba respuestas y que luego se le quedaban por dentro haciendo mella en su conciencia, dejándolo pensativo durante largas horas.

—Eso... ¿cómo se llama? Las indulgencias... Eso es comprar con dinero un lugar en el cielo, ¿no?

—Pues no, no es exactamente eso... —respondió un poco dudoso—. El Papa sólo dijo que se podrían condonar las penas de un alma en el purgatorio a cambio de un do-

nativo para la construcción de la basílica de San Pedro y... bueno, la basílica es una manera de ensalzar a Dios, así que...

—Eso quiere decir que alguien, cualquier persona, sea un ladrón o un asesino, si tiene dinero y compra indulgencias, aunque no se arrepienta... ¿puede ir al cielo, junto a Nuestro Señor?

Su tono era inocente y dulzón, como casi todo en ella. No intentaba ponerle en un aprieto con la pregunta, pero era lo que conseguía. Su mujer le hacía pensar en cosas en las que él no reparaba jamás. Imaginaba que el cielo era más o menos como una prolongación de la vida terrena en las nubes con un fondo de tonos celestes. Nunca creyó que el panadero, el pastor o los mendigos, por muy buenos cristianos que fuesen, pudieran compartir con él plaza en el paraíso. Para don Luis estaba claro que en el cielo, del mismo modo que en la tierra, habría diferencias de sangre, alcurnias y estados. ¿Por qué su esposa lo cuestionaba siquiera y por qué le hacía a él darle vueltas al asunto? ¿Qué clase de pensamientos tenía aquella mujer en su cabeza?

—¡Ves cómo hablas! Si te oyeran... No digas esas cosas delante de nadie, ¿me oyes? Andas cuestionando hasta las decisiones del Papa. Si él dice que con la entrega de limosnas para la construcción de una basílica se va al paraíso, pues se va al paraíso, y sanseacabó... y no eres nadie para contradecirlo, y ya está... ¿Acaso no va a saber él más que tú de esas cosas? —Y masculló—: Esto nos pasa por dejar entrar a tu amiga en esta casa, te llena la cabeza de horrores.

—Pero eres tú el que me lo ha contado, yo sólo pregunto...

—Voy a tener que prohibir la presencia de Beatriz en el palacio —dijo entre dientes para ver la reacción de ella—. Nuestra religiosidad es ejemplar, pero la Inquisición anda pendiente de todo el mundo... y los judíos conversos, éstos... éstos son los más observados. —Miraba a su mujer